



Lilith y Paris

Por Teresa Pérez Landa

Érase una vez, en el principio de todos los tiempos, un bosque oscuro, un bosque donde apenas penetraba la luz del sol por el espesor de los árboles que lo poblaban. Árboles de gruesas ramas y raíces que parecían garras.

En el mundo de Lilith los bosques eran así, a ella no le asustaba lo que asustaría a cualquier otro niño de nuestro mundo. Había nacido rodeada de monstruos, demonios, hechiceros... de hecho ella

era uno de ellos, un temible demonio, el más temible de todos. Era su normalidad, no se sentía malvada, estaba harta de escuchar desde su mundo a otros juzgarles solamente por lo que eran. Habían nacido así, ¿acaso eran culpables de su naturaleza?

Pasó muchas de sus tardes de la infancia paseando por aquel bosque oscuro, descalza, sintiendo la energía de su “Madre Tierra” bajo los pies. Y siempre, todas las tardes, iba a visitar a su amigo Paris.

Paris había nacido de las entrañas de la tierra, de las profundas raíces de los árboles, hasta hacerse cuerpo, músculos y sangre. Tenía unos ojos que centelleaban en la oscuridad, como dos minúsculos fuegos en aquel cuerpo tan enorme. Paris tenía unos largos y afilados dientes con los que cazaba y se alimentaba, como los de Lilith.

Ella escalaba entre sus brazos hasta sentarse en su cabeza y desde allí podía ver la enormidad de cuanto los rodeaba y maravillarse de lo hermosa que era la oscuridad. Algún día sería la reina de todo aquello y se acabarían los paseos por el bosque, tendría que encargarse de encabezar su propio ejército de demonios y todas las demás criaturas que como Paris, vivían allí. Pero mientras ese momento llegase, disfrutaría de las sonrisas de su amigo, de la complicidad que tenía con él, de los juegos que compartían y de todas las confidencias que se hacían, como cualquier niño.